

TOLEDO

Elia Barceló

Cuando un extranjero está preparando un viaje a España y pregunta qué dos ciudades son absolutamente irrenunciables, la respuesta es siempre la misma: „Si no tienes más que dos días: Toledo y Granada.“ Yo añadiría: „Si no tienes más que uno, Toledo.“

Granada es la cara más inesperada de nuestro país, la más exótica quizá, bellísima en todo caso, pero Toledo es la quintaesencia de España.

Castro celtíbero, *urbs* romana, capital visigoda, *medina* musulmana y capital de la frontera media de Al-Ándalus, importante judería, pieza clave en la Reconquista cristiana, ciudad imperial bajo Carlos V, Toledo representa la más perfecta hibridación de culturas que ha visto Europa, y el viajero encuentra a cada paso huellas artísticas y testimonios en piedra de siglos de civilización, de cohabitación no siempre pacífica, de historia encarnada.

Perdersé en sus calles es remontar esa historia, descubrir de dónde venimos; es como abrir un precioso arcón para encontrarse con un tesoro acumulado a lo largo de cientos de años para que nosotros, los hombres y mujeres del siglo XXI, podamos llenarnos los ojos de belleza y de luz obtenidos a base de luchas, de esfuerzos, de gigantes vuelos de la imaginación, de trabajo cotidiano, de sueños que parecían irrealizables y que, poco a poco, generación tras generación, fueron plasmados en piedra como testimonio de amor de los que vivieron antes que nosotros.

Porque Toledo es la ciudad de la piedra y el ladrillo, buenos materiales sólidos surgidos de la tierra para perdurar. No es un lugar de agua y jardines y brisas perfumadas. Hay mucho del alma castellana, de la implacable reconquista cristiana en la majestad de Toledo, a pesar del trazado árabe de sus calles.

Cuando el visitante ve la silueta de la noble ciudad del Tajo desde la terraza del Parador Nacional del Conde de Orgaz –Toledo no tiene *skyline*; tiene silueta, corporeidad, presencia– se le antoja una campana de oro suspendida entre la tierra y el cielo.

Todo en Toledo es compacto, definido, preciso. El verde Tajo ciñe sus murallas que protegen la ciudad en su abrazo y, en lo alto, la Catedral y el Alcázar se recortan contra el cielo como una afirmación de triunfo, como un grito de júbilo.

Paseando por sus calles en un día de pleno verano, caluroso y de sombras rotundas, el viajero agradece el frescor de las iglesias, de los claustros, de los patios secretos de las casas señoriales. Con un poco de imaginación, y abriendo el alma y los ojos, Toledo se nos presenta como fue siglos atrás, en todo su esplendor. Porque, a poco que uno alce la vista para evitar

las masas de turistas y las tiendas de recuerdos, todo ha seguido imperturbable: las estrechas ventanas desde las que las damas espiaban el paso de sus caballeros, los artesonados de los techos en las casas nobles, las hornacinas consagradas al Cristo sufriente o a Nuestra Señora en el cruce de las calles estrechas, el cielo rosado del atardecer surcado de golondrinas rápidas y oscuras.

Podemos imaginar el trasiego de la gente menuda, de los cientos de artesanos árabes, judíos y cristianos que la habitaron hace siglos; oír el golpeteo de los martillos de los plateros y los forjadores que hicieron las mejores espadas de la cristiandad, templadas en las aguas del Tajo y por las que se pagaban fortunas, los bellos damasquinados, las armaduras que los nobles españoles lucían orgullosamente en Flandes, en Austria, en Alemania, en Italia, en Francia, cuando España era la mayor potencia mundial. Llena nuestro olfato el olor picante, casi agresivo, de las especias traídas de tierras lejanas, y nuestros oídos se colman de rezos en varias lenguas, de cantos de muecín y doblar de campanas, mientras imaginamos la mezcla de lenguas, parecida a la que ahora encontramos a nuestro alrededor al detenernos para admirar algunos de sus más notables monumentos.

¡Y las historias! Toledo está llena de historias. No ya la grande, la oficial, la que se escribe con mayúsculas y nos ofrece listas de héroes, reyes y santos, de batallas y victorias y derrotas y masacres, sino las otras, las pequeñas: las leyendas que sólo han sido narradas de abuelos a nietos al calor de la lumbre; las penas de amor de tantos toledanos al correr de los siglos; las venganzas, los duelos, los sueños no cumplidos, las plegarias atendidas, las mínimas alegrías, los pequeños fracasos de sus habitantes. Los muros de las casas susurran historias al viajero atento que abra el corazón para escucharlas.

Muchos escritores se han detenido en Toledo para prestar oído a esos susurros y muchos los han hecho parte de su obra, desde el anónimo autor del *Lazarillo de Tormes*, hasta Bécquer y Galdós y Blasco Ibáñez. Y Unamuno y Baroja y Azorín, que sólo vieron la decadencia, la pesadumbre de esa ciudad que está llena de luz; pero es que, en los siglos XIX y XX, los que aspiraban a un futuro en el mundo del Arte iban a Madrid, olvidando que Madrid fue fundada por los árabes como barrera para proteger Toledo, porque Toledo era una joya que no debía caer en manos enemigas.

Durante generaciones, la ciudad del Tajo, tentadora e inexpugnable, fue el sueño de los cristianos y, cuando por fin Alfonso VI consiguió entrar en ella, se proclamó Emperador de las Tres Religiones y la convirtió en el centro de España.

Luego, bajo Alfonso X, con la Escuela de Traductores, Toledo llegó a ser también una de las más brillantes capitales culturales de Europa, incluso por encima de Córdoba.

Y más tarde, después de que los Reyes Católicos la embellecieran y mandaran construir San Juan de los Reyes, una de las más espectaculares joyas de la arquitectura religiosa cristiana – blanca, pura, perfecta–, su nieto Carlos de Austria, ya Emperador, trasladó allí la Corte y Toledo se convirtió en capital del mayor imperio cristiano de su época.

El viajero apresurado apenas tiene tiempo para descubrir todo lo que atesora la ciudad. La concentración de arte es de las más apabullantes de Europa. Hasta tal punto que a veces resulta aconsejable elegir una ruta antes de llegar para no perderse lo fundamental, si el tiempo apremia. Pero ¿qué es lo fundamental en Toledo? ¿La arquitectura urbana: las puertas, los puentes, las murallas, el laberinto de calles recoletas que nos abren a cada paso vistas tentadoras, misteriosas, que nos apartan de nuestro recorrido planificado? ¿La Toledo cristiana: San Juan de los Reyes, la Catedral –cueva de tesoros para todo amante del Arte–, Santo Domingo, el Cristo de la Vega, el Alcázar? ¿La Toledo judía, con esa maravilla única en España que es Santa María la Blanca? ¿La Toledo árabe, con la Mezquita del Cristo de la Luz? ¿La Toledo de El Greco, con su casa-museo, con *El entierro del Conde de Orgaz*? ¿O San Servando, donde El Cid pasó la noche en oración antes de acudir a las Cortes que restaurarían su honra y la de sus hijas, ultrajadas por los Condes de Carrión?

O quizá, simplemente, lo mejor fuera dejarse llevar por el instinto, perderse en sus calles asombrándose de todo lo que va saliendo al paso, tomándose el tiempo para escuchar las historias que cuentan las piedras; sentarse en algún banco a la sombra de un árbol, mirar el paisaje desde la muralla, sintiéndose a salvo y en paz dentro de los muros de la ciudad inexpugnable, sentir el peso dulce de los siglos sabiendo que si nosotros somos el futuro de aquellos canteros, de aquellos monjes, traductores, aguadores, plateros, comerciantes, artesanos..., somos también los antepasados de los que vendrán después de nosotros, asombrados y agradecidos de que hayamos conservado y embellecido esa joya para ellos.

Y cuando cae la noche, cuando Toledo se va vaciando de turistas y autobuses, seguir paseando por sus calles y plazas, ahora íntimas y como ensimismadas, oyendo el eco de nuestros pasos por las callejas de piedra, imaginando lances de espada en las esquinas, murmullos de amantes en las ventanas bajo la luna, seguir paseando en silencio, dejando que el Arte y la Historia nos calen como una llovizna tibia hasta caer rendidos, colmados de belleza y gratitud, en alguna buena cama toledana, esperando el día siguiente, cuando el sol vuelva a teñir de oro la ciudad y podamos enfrentarnos de nuevo, restablecidos y ávidos, a su mágica realidad de piedra.